

REVISTA STULTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 6, NÚMERO 1, PRIMER SEMESTRE DEL 2023

ISSN 0719-983X



UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE
SEDE PUERTO MONTT



Escepticismo y racionalidad: revisión crítica de los modos escépticos frente al auge del populismo y la polarización

Skepticism and Rationality: Critical Review of Skeptical Modes in the Face of the Rise of Populism and Polarization

Manuel Bermúdez Vázquez
Universidad de Córdoba, España

Resumen

Las sociedades contemporáneas están sufriendo, en muchos casos, procesos de polarización política acompañados de otros elementos igualmente preocupantes para el funcionamiento de la democracia. El aumento de la presencia del discurso demagógico en el ámbito político no hace sino dificultar el correcto funcionamiento de las instituciones. Polarización, populismo y demagogia son elementos que se presentan en contubernio, coordinadamente, para provocar un desafío considerable a los sistemas democráticos de medio mundo. Frente a este panorama, la filosofía sería la mejor medicina. Sin embargo, la paulatina reducción del espacio de las humanidades en los diferentes niveles del sistema educativo se está convirtiendo en un auténtico *tour de force* para la ciudadanía que tiene que aprender a resistir, parca en ropajes de pensamiento crítico, el vendaval tremendo que arrastra consigo las últimas resistencias culturales y democráticas. El escepticismo filosófico, esa vieja corriente de pensamiento que hace de la duda su instrumento y de la búsqueda constante su objetivo, podría convertirse en la panacea para una situación como la que estamos sufriendo. Por algo este auténtico posicionamiento vital y filosófico ha sido de los pocos que ha pervivido a lo largo de toda la historia de la filosofía.

Palabras clave: filosofía, escepticismo, polarización, populismo, posverdad.

Recibido: 6-05-2022. Aceptado: 09-09-2022



Artículo vinculado al Research Project of Excellence EPADMECO I+D P20_00306, PAIDI 2020.

Manuel Bermúdez Vázquez es Doctor en Filosofía. Se desempeña como Profesor Titular de Filosofía Dpto. Ciencias Sociales, Filosofía, Geografía y Traducción e Interpretación, Universidad de Córdoba, España. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6117-2138>

Contacto: manuel.bermudez@uco.es

Cómo citar: Bermúdez Vázquez, M. (2023). Escepticismo y racionalidad: revisión crítica de los modos escépticos frente al auge del populismo y la polarización. *Revista Stultifera*, 6(1), 65-86. DOI: 10.4206/rev.stultifera.2023.v6n1-04.

Abstract

Contemporary societies are suffering, in many cases, processes of political polarization accompanied by other elements that are equally worrying for the democracies. The increasing presence of demagogic discourse in the political arena only hinders the proper functioning of institutions. Polarization, populism and demagoguery are elements that work in coordination to provoke a considerable challenge to the democratic systems of half the world. Faced with this panorama, philosophy would be the best medicine. However, the gradual reduction of the humanities in the different levels of the educational system is becoming a real *tour de force* for the citizens that has to learn to resist the storm that drags with it the last cultural and democratic resistances. Philosophical skepticism could become the panacea for a situation such as the one we are suffering. It is not for nothing that this authentic vital and philosophical position has been one of the few that has survived throughout the history of philosophy.

Key words: philosophy, skepticism, polarization, populism, post-truth.

La formidable maquinaria filosófica que puso en marcha el escepticismo antiguo ha demostrado ser un instrumento de inusitada influencia en el desarrollo intelectual posterior. Los tropos escépticos, como quintaesencia de ese modelo de racionalidad, parecen estar tan frescos hoy en día como cuando Sexto Empírico los presentó en sus *Hipotiposis pirrónicas* en el siglo III d. C., aquilatando el resultado obtenido por Enesidemo en el siglo I a. C. (Bermúdez, 2006; Laursen, 2004; Popkin, 2004; Román, 1996;).

No parece ser exagerado el adjetivo “inusitado” al referirnos a la influencia del escepticismo en la historia de la filosofía, habida cuenta de que el propio concepto de “método científico” surge de las forjas de la corriente de la duda en los años posteriores al Renacimiento. El *methodus sciendi* es un modelo racional de comprensión de la realidad basado en el criterio escéptico del fenómeno acuñado por Francisco Sánchez el escéptico en su obra *Quod nihil scitur* publicada en 1581 (Bermúdez, 2006; Mellizo, 1982).

Sin embargo, a pesar de la importancia del escepticismo como corriente siempre latente, no parece que este esté teniendo la sólita buena salud filosófica que le caracteriza. La vieja acusación de *apraxia* que, desde el horizonte estoico, se presentó contra el escepticismo pareciera haber resultado verdadera, habida cuenta de la nula efectividad que las saludables sugerencias intelectuales escépticas están teniendo frente a los tremendos desafíos que la sociedad contemporánea parece tener que afrontar. Dicho

con otras palabras y sin ambages: el escepticismo supone un inmenso arsenal intelectual contra el dogmatismo, la credulidad, la polarización ideológica, el populismo y las propias noticias falsas, y no parece que se estén utilizando estas armas.

La *apraxia* es la inacción, la consideración de que la propia postura filosófica escéptica conduciría, en el caso de ser aplicada coherentemente, a la imposibilidad de la acción (Pineda-Pérez, 2018, p. 221). Este viejo argumento antiescético encontró uno de sus corolarios en la famosa paradoja medieval del asno de Buridán, según la cual, un burro atado tendría a su alcance dos cubos, uno con heno y otro con agua, pero como no tiene más hambre que sed ni come ni bebe hasta que muere (en otras versiones tendría dos montones de heno completamente iguales y tampoco sabría por cuál decidirse). Para ser justos, este conocido argumento tiene una paternidad aristotélica, pues es el Estagirita quien en *Acerca del cielo* elucubra sobre aquel que se mantiene forzosamente quieto ante una decisión aparentemente equidistante (Aristóteles, 1996, p. 154). Pues bien, el propósito de las presentes páginas no es otro sino el de tratar de demostrar que la *apraxia* actual a la que parece condenado el escepticismo es más aparente que real y que, adecuadamente utilizados, los argumentos escépticos pueden resultar una magnífica panacea frente los desafíos del presente: polarización, populismo, demagogia, noticias falsas y mecanismos posverdaderos.

Pervivencia y ausencia del escepticismo

Arthur Koestler tiene un formidable libro titulado *Los sonámbulos* en el que se ocupa de la historia de la ciencia desde Copérnico hasta Newton. La frase primera con la que presenta su obra no deja de ser absolutamente extraordinaria: “podemos incrementar nuestro conocimiento, pero no disminuirlo” (Koestler, 1981, p. 19). No se inaugura un libro semejante con una frase que no tenga cierta envidia. Así, podemos establecer, sin temor a parecer demasiado aventurados, que el pensador de origen húngaro tenía plena confianza en el progreso del conocimiento humano y, por ende, en el avance de la humanidad. Este tipo de posicionamientos, de rancia raigambre ilustrada, han tenido un gran seguimiento a lo largo de la historia intelectual. Sin embargo, si somos completamente honestos con nuestro análisis, hemos de confesar que los derroteros por los que parece estar deambulando la humanidad en los últimos años no parecen ni mucho menos guiados por esta sabia máxima de que el conocimiento solo puede aumentar, nunca disminuir. El auge de los movimientos antivacunas, los

negacionistas del cambio climático, los cientos de miles de personas que están firmemente convencidas de que la tierra es plana o aquellos que niegan que los dinosaurios hayan podido existir alguna vez demuestran que el ser humano, como especie, no parece estar protegido frente al discurso irracional y sin evidencia empírica que está en la raíz de muchas de estas suposiciones fantasmagóricas.

Resulta evidente, desde mi punto de vista, que una de las causas de esa asunción acrítica por parte de millones de personas de postulados erróneos y que han sido científicamente refutados reside, entre otros muchos motivos, en la falta de una adecuada postura escéptica que haya servido de primera línea de defensa frente a estas ideas descabelladas.

El escepticismo ha sido, probablemente, la única corriente filosófica que ha sobrevivido, más o menos incólume, los veintiséis o veintisiete siglos de historia de la filosofía. Decimos esto por varios motivos, el primero de los cuales es que las razones, los argumentos, los tropos escépticos que se emplean en la filosofía contemporánea no son muy diferentes de los que ya vieron la luz de la mano de Enesidemo y Sexto Empírico (Annas y Barnes, 1986; Corbett, 1970). En segundo lugar, porque filósofos que hayan empleado el arsenal escéptico en alguna parte de sus filosofías hay muchísimos y de gran relevancia: San Agustín, Montaigne, Descartes, Hume, Kant en sus *Prolegómenos*, Hegel, perennemente atenazado por las “amenazas de la duda”, Bertrand Russell, Wittgenstein, etc. (Bermúdez, 2007, p. 3; Román, 1996). Haciendo nuestras las palabras de Marcelo Gigante, podemos afirmar que el escepticismo “como actitud mental es perenne como el humanismo (Gigante, 1981, p. 222).

Ahora bien, el precio a pagar por esta situación de aparente inmortalidad filosófica es no convertirse nunca en una corriente hegemónica. El escepticismo tiene, así pues, esa maldición: nunca se ha convertido en una filosofía preponderante, siempre ha sabido mantenerse en un cómodo segundo plano pues, como la propia imagen que nos legó Sexto Empírico, es una medicina que se emplea para curar todo tipo de dogmatismo, pero que, llegado el momento, es como el medicamento tomado para vomitar que se expulsa una vez ha cumplido con su tarea (Sexto Empírico, 1993, p. 119). En otra parte Sexto utiliza otro ejemplo:

[...] como no es imposible que una persona que ha subido por una escalera a un lugar elevado, después de subir vuelva sobre sus pasos por la escalera, del mismo modo que no es extraño que el escéptico, tras alcanzar el objetivo que se había propuesto, utilizando, cual si fuese una escala, el argumento

que prueba que no existe demostración, deseche entonces ese mismo argumento. (Sexto Empírico, 2012, p. 379)

La verdadera esencia del escepticismo, aquello que realmente lo define, es una postura constantemente abierta y crítica, en ocasiones hasta la extenuación y, siempre, sin esperar arribar a meta alguna. Justamente su ausencia del panorama filosófico actual puede ser una de las causas del auge de movimientos irracionales vinculados a las apelaciones emotivas que parecen haber tomado a la sociedad actual como veremos en seguida.

En las explicaciones clásicas, siempre bellas de leer, del surgimiento de la filosofía, se suele hablar de un tránsito de la explicación mítica a la explicación racional, el conocido como paso del mito al logos (Carpio, 2004; Copleston, 2009; García Morente, 1957; Marías, 2012). Esta metáfora, que presenta más afán pedagógico que acribia, se suele coronar con la idea de que tres elementos participaron en la aparición de la filosofía: el asombro, la muerte y la duda. Según esta visión —que me agrada particularmente por su carga metafórica más que por su certeza filosófico-histórica—, la duda estaría, precisamente, en el origen del pensamiento filosófico. Así, si permitimos que esta sana actitud desaparezca de nuestro hábito intelectual estaremos cometiendo un doble delito: por un lado, negaremos parte de la esencia de la humanidad misma y, por otro, permitiremos que se dé un pábulo inmerecido a movimientos e ideas que terminarán por hacer sucumbir los inmensos logros intelectuales, culturales y políticos que tanto esfuerzo y tanto tiempo nos ha costado construir como sociedad.

En breve y para resumir la idea principal que trato de transmitir con este apartado: la ausencia de la panoplia argumentativa del escepticismo, tal vez por omisión, tal vez porque el espíritu de los tiempos así lo ha querido, ha provocado un peligroso momento de vulnerabilidad frente a determinados discursos que está debilitando paulatinamente los mimbres básicos sobre los que se construyen las democracias contemporáneas.

Situación actual

Apuntábamos antes al muy lato concepto del “espíritu de los tiempos” como, quizá, responsable en parte de la actual situación que están atravesando multitud de democracias. La primera réplica evidente a esta afirmación sería: pero ¿cuál es nuestra situación actual?

Cualquier análisis que se pretenda abarcador de la realidad contemporánea tiene por destino inevitable la melancolía ante la inmensidad de la tarea. No obstante, pruebas tentativas, siguiendo el

espíritu de Michel de Montaigne, sí que se pueden presentar, incluso bajo el rigor de la *more sceptica*. Desde nuestro punto de vista, una serie de amenazas y desafíos a nuestros sistemas políticos se están presentando aunadamente. Entre estas, podemos mencionar las siguientes: la polarización política, la demagogia, el populismo, el aumento de las noticias falsas y la sorpresiva aparición de los mecanismos posverdaderos.

Cada una de estas situaciones, por sí sola, podría suponer una prueba de esfuerzo para una democracia saludable, pero lo que nos está tocando vivir es que se presentan a la vez todas estas cuestiones en formato de una especie de contubernio particularmente pernicioso. Además, estas diferentes facetas de una misma realidad aparecen en un momento en el que, según nuestro análisis, el sano ejercicio filosófico del escepticismo y la racionalidad se encuentran más capitidismos que nunca. En esta última cuestión, quizá lo precario de la presencia del pensamiento crítico en los distintos niveles de los sistemas educativos de gran cantidad de países pueda tener una responsabilidad especial. De forma que, y a modo de resumen, podemos establecer seis cuestiones relevantes que merecen la atención desde una óptica crítico-analítica: (a) Polarización política. (b) Demagogia. (c) Populismo. (d) Noticias falsas. (e) Mecanismos posverdaderos. (f) Carencia de los contenidos de pensamiento crítico en los diferentes sistemas educativos.

Comencemos el análisis.

Polarización política

Cuando hablamos de polarización política nos referimos a un aumento extremo de las posturas enfrentadas e irreconciliables (Schuliaquer y Vommaro, 2020). Resulta evidente que la acción política debe responder a elementos ciertamente dialécticos, pues es habitual que existan diversos modelos y propuestas para afrontar la gestión de las sociedades. Ahora bien, la necesaria pugna político-ideológica no siempre tiene que responder a consignas de enfrentamiento, conflicto y choque, como es el resultado del paulatino aumento de la polarización política en diversas sociedades. Lo decimos con otras palabras: existen, habitualmente, al menos dos formas de afrontar la gestión de un país. Este modelo encajaría con la estructura dialéctica política tradicional que solía funcionar en torno a los ejes derecha-izquierda (González-Ferrer y Queirolo-Velasco, 2013, pp. 80-82). Sin embargo, en los últimos años, estamos asistiendo a un aumento paulatino de la polarización que escapa a las coordenadas tradicionales de análisis. Situaciones con ciertos puntos de contacto y diversos grados de polarización

se están viviendo en todo el mundo: Chile, Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador, Perú, Venezuela, Colombia, Costa Rica, Estados Unidos, España, Francia, Hungría, Polonia, etc.

Lo que antaño podría haberse visto como la sana y democrática propuesta de alternativas políticas, hoy en día pareciera que estuviera transformándose en un conflicto agónico de pugnas irreconciliables. Los rivales políticos pasan a ser considerados prácticamente como enemigos y aquel que no piensa igual que yo pasa a convertirse en una amenaza (Martínez y Fernández, 2013). La forma en que la polarización va aumentando tiene similitudes con los mecanismos de radicalización. Por ejemplo, y siguiendo a Manuel Moyano en sus tesis sobre radicalización violenta, podemos considerar que la polarización también encuentra un caldo de cultivo óptimo en los siguientes puntos: la asimetría, la creación de narrativas particulares, la deslegitimación del rival, la reducción analítica, la simplificación del discurso, el aumento exagerado de la percepción del conflicto y la percepción del riesgo (Moyano, 2018). Todas estas características son empleadas, con mayor o menor profusión, por parte de los actores que se consideran beneficiarios del aumento de la polarización.

Uno de los elementos que más está contribuyendo a este auge desmesurado se encuentra en la propia dinámica de las redes sociales. Gran cantidad de los ciudadanos del siglo XXI participan activamente en diversas redes sociales. La característica que se viene repitiendo cada vez en mayor grado es que, en dichos foros virtuales, solo se sigue a personas, movimientos u opiniones que tengan muchas similitudes con la postura propia. El efecto de campana o caja de resonancia está provocando, así, que muchas personas solo tengan contacto con opiniones del mismo sesgo a lo que, si le agregamos que las noticias o informaciones más exageradas o sensacionalistas son las más seguidas, inmediatamente tenemos un resultado demoledor: la radicalización de las posturas y la ceguera ante las opiniones diversas (Del Prete y Redón, 2020; Gallardo y Enguix, 2016).

De este modo, podemos entender este aumento desmesurado de la polarización política. Además, vinculado a este extremo, se encuentra el auge del discurso del odio y su afán cada vez más abarcador. En el caso del discurso del odio no solo se trata de que va ganando cada más terreno, sino que la propia paradoja de la tolerancia, expuesta en su momento por Karl Popper, provoca que los espacios ocupados por el extremismo, la polarización y el discurso del odio sean cada vez mayores (Valiente, 2020: 37-98). La cuestión de los mensajes de odio ha pasado a ser un problema

global y las jurisprudencias supranacionales como las de la ONU siguen buscando una salida adecuada que logre armonizar libertad de expresión, por una parte, y la necesidad de protegerse frente a los discursos del odio, por otra.

Ante esta situación, podríamos recomendar una de las viejas recetas escépticas. El escepticismo, aunque es una poderosa corriente de pensamiento orientada al ámbito epistemológico, puede tener fácilmente una aplicación de índole moral. Por ejemplo, si el resultado de las dudas escépticas es el de poner en cuestión seriamente cualquier intento de sostener dogmáticamente la verdad de cualquier afirmación y la crítica demoledora ante cualquier intento de mantener un criterio de verdad, podríamos dar un salto de la epistemología a la filosofía moral indicando que cómo va un individuo a imponer su criterio, su opinión o su visión de la realidad si ese mismo posicionamiento está siendo sometido a una de las batería argumentativas más eficaces que conoce la filosofía. Dicho con otras palabras, cómo podría un sujeto volverse intransigente si la primera cura del escepticismo es la humildad, la tolerancia y una sana actitud crítica (Bermúdez, 2020, pp. 280-283).

Demagogia

La primera vez que aparece en la historia humana la palabra demagogia es en una comedia de Aristófanes, *Los caballeros*, en el año 424 a. C. En esta comedia, el concepto recientemente acuñado por el comediógrafo ateniense no tenía en absoluto un matiz peyorativo. Demagogia era una palabra conformada por el sustantivo *demos*, pueblo, y el verbo *ago*, conducir, de modo que demagogia significaba algo así como “conducir al pueblo”. Aristófanes pretendía, así, describir la actitud del ciudadano que en la asamblea pretendía dirigir la opinión de sus pares hacia horizontes que encajaran con sus intereses (Canfora, 1994, pp. 9-11; Pazé, 2016, p. 113). En el propio sentido etimológico del término nos percatamos de la enorme carga metafórica que sustenta. Para mí, una de las imágenes que mejor representa la fuerza del concepto es la del pastor que lleva a su rebaño al redil que más le conviene. El pastor sería el demagogo, y los instrumentos que emplea para su tarea, por ejemplo, el perro pastor y el cayado, podrían ser otros tantos instrumentos del demagogo, como el populismo y la mentira (como veremos en ulteriores apartados, aunque en este último caso hablaremos de noticias falsas, no de mentiras).

Podemos afirmar sin parecer demasiado aventurados que una de las características del discurso demagógico contemporáneo consiste en tratar a

los ciudadanos como si fueran menores de edad mentales, como si fueran niños. Esta misma actitud ya fue columbrada por Platón quien, sin ser un demócrata ni mucho menos, criticaba precisamente a la democracia por el riesgo evidente de caer en una espiral demagógica que presentaba serias amenazas (Platón, 1987, pp. 137-141).

La evidencia empírica recabada demuestra que el nivel de los discursos políticos está descendiendo vertiginosamente. Kayla Jordan, en su influyente trabajo de 2019, “Examining long-term trends in politics and culture through language of political leaders and cultural institutions”, demuestra con los datos que el discurso político de la actualidad está orientado a la simplificación. Para explicarlo mejor, usemos un ejemplo. Si Abraham Lincoln se dirigía a un auditorio que debía tener unos 22 o 23 años para poder comprender el mensaje de sus discursos, Donald Trump es entendido por los niños de 9 años (Jordan, 2019). Dicho con otras palabras, el nivel de simplificación del discurso se ha vuelto tan pedestre que ello demuestra una nula expectativa de calidad intelectual no solo en el receptor, sino también en el emisor. Así, desde nuestro punto de vista, esta simplificación del discurso político y de los contenidos culturales estaría directamente relacionada con el auge de la demagogia y su forma de tratar a los ciudadanos como menores de edad. Además, lejos de ser un episodio puntual, fruto de las determinadas visiones políticas de algunos líderes contemporáneos, el artículo de Jordan demuestra que hay una línea consistente de decrecimiento en el pensamiento analítico que lleva en vigor ya varias décadas.

De este modo, con el auge de la demagogia estaríamos dando un paso atrás de graves dimensiones respecto a la famosa propuesta ilustrada kantiana del *sapere aude*. Si el grito ilustrado debía ser una apuesta por la mayoría de edad intelectual, que tuviera por objeto alcanzar ciudadanos que fueran capaces de pensar por sí mismos sin necesidad de tutorías intelectuales o servidumbres críticas, parece que el grito del discurso político y cultural de nuestro tiempo es justamente el inverso: una vuelta a la infancia, a la inmadurez intelectual y filosófica, a la alienación del sujeto (Sánchez Taborda, 2011).

Nuestra propuesta frente a esta situación es una apuesta mayor por la esencia crítica del escepticismo. La corriente de la duda trata con individuos racionales, autónomos, y precisamente en su reivindicación se encuentra la fuerza. Apuntaba Norberto Bobbio que el mejor juez para sus propios intereses es un individuo racional (Bobbio, 2014, pp. 15-19); pues

bien, en esta misma línea los modos del escepticismo se sitúan en posición inmejorable para evitar la deriva simplificadora y demagógica que parece que estuviera tomando la realidad actual (Annas y Barnes, 1986, pp. 87-106; Corbett, 1970). La ironía escéptica, que hunde sus raíces en el mismísimo Sócrates, suele reducir a la aporía los discursos dogmáticos excesivamente simplificadores, ejerciendo una salutífera limpieza crítica que hace *tabula rasa* con los discursos demagógicos (Bermúdez, 2006; Gascoigne, 2002, pp. 31-65).

Populismo

La palabra populismo fue elegida por la Fundación del Español Urgente, dependiente de la Real Academia de la Lengua, como la palabra del año 2016 en español. Los motivos para este extremo fueron variados. Por una parte, el aumento paulatino del uso del término atrajo la atención de los miembros de la Real Academia. Por otra parte, el concepto mismo se encuentra en pleno proceso de modificación y cambio de su significado.

Si buscáramos la palabra populismo en un diccionario de la RAE de hace veinte años, incluso menos, de hace quince años, veríamos que la definición propuesta sería esta: “Tendencia política que pretende prestar atención especial a los problemas de las clases populares” (RAE, 2006). Como parece evidente, esta definición está lejos de resultar peyorativa. Sin embargo, con el paso del tiempo, sobre todo en la última década, estamos asistiendo a un cambio del significado de la palabra de modo que, hoy en día, el concepto de populismo hace referencia a cierta apelación emotiva al ciudadano, por encima de discursos racionales, que ofrece soluciones simples a problemas complejos (Bermúdez, 2021, pp. 928-930; Fundéu, 2016).

El concepto de populismo se ha ido vinculando a la idea de demagogia. Así, el demagogo utilizará como herramienta el populismo en su afán por atraerse el apoyo de la gente. Una de las claves que nos interesan aquí es ese afán por centrarse en las apelaciones emotivas del discurso. Recordemos que, según el propio Aristóteles estableció en su *Retórica*, un buen discurso debería tener tres partes fundamentales. El *ethos*, por el cual el orador logra identificarse con el auditorio; el *logos*, los argumentos racionales por los cuales alguien sostiene alguna postura; por último, el *pathos*, las apelaciones emotivas destinadas a dejar una huella indeleble en el auditorio. Aristóteles defiende rotundamente que el *logos* debe ser la parte más importante del discurso, pues es la esencia de la propia naturaleza humana el apelar a la razón (recordemos que Aristóteles en su obra *Política* define al

hombre como “el único animal que tiene logos”, siendo logos tanto palabra, lenguaje, como razón, racionalidad).

Sin embargo, a lo que estamos asistiendo en los últimos años es a la virtual desaparición del *logos* en el ámbito político y cultural, siendo este sustituido por constantes apelaciones emotivas, más orientadas a encandilar al auditorio que a razonar o presentar argumentos. Esto resulta particularmente obvio en el ámbito de la publicidad y la propaganda, donde cada vez resulta más difícil encontrar mensajes que se centren en las características de un producto, un mensaje y una idea y, en cambio, cada vez se centran más en tratar de transmitir sentimientos y emociones.

El auge de la demagogia y el populismo conducen, irremediablemente, al erial cultural y al erial político. Y no olvidemos que un erial es un terreno yermo del que no puede sacarse nada. La alternativa que sugerimos, como ya el agudo lector habrá visto en las anteriores ocasiones, es una vuelta a las virtudes del escepticismo que no se cansa de mirar y buscar. En su acepción más antigua, el verbo griego del que procede el término “escepticismo”, es *eskeptomai*, un verbo deponente que significa “mirar con cuidado, analizar detenidamente, buscar”. Pues bien, quizá eso es lo que también falta en nuestro tiempo, una mirada aguda, analítica y escéptica para precaverse contra los mensajes excesivamente simplificados que persiguen más atraerse a un auditorio vulnerable que a buscar la verdad juntos.

Noticias falsas

La Unión Europea está muy preocupada por el aumento vertiginoso de las noticias falsas; la prueba es que lleva años presentando documentos, informes y dossieres tratando de advertir a todas las administraciones públicas de este problema. No es una cuestión baladí, porque junto con cuestiones más o menos pedestres, también se entrelazan formidables maquinarias geopolíticas que suelen escapar a la percepción del ciudadano de a pie. Por ejemplo, las constantes injerencias rusas en la política interna de varios países europeos utilizando para ello noticias falsas tienen por objeto tratar de desestabilizar y provocar malestar y polarización (Badillo, 2019; Colom Piella, 2019).

La situación con las noticias falsas es muy grave, entre otros motivos porque ya son más del 50% de las noticias que circulan por la red (AEPP, 2018; El Periódico, 2017; Estudio de Comunicación, 2018). Si a esto le agregamos el hecho de que un porcentaje cada vez más elevado de la

población acude a esas fuentes de Internet para informarse, el resultado es que más y más personas se nutren de una fuente ponzoñosa y espuria para adquirir información sobre la realidad que nos circunda. Preste atención el lector a que en estas páginas no nos detenemos a analizar cuáles pueden ser los intereses detrás de estas noticias falsas. Entre otros motivos, porque intereses hay muchos y de muy diversa índole, pero el resultado final es igualmente peligroso: situamos a la población ante la tesitura de tener que actuar diariamente sostenidos por falsedades y mentiras. Bien es cierto que algunos estados están poniendo particular énfasis en tratar de mantener bajo control esta marea de noticias falsas a través de instituciones de control periodístico, rigor ético y verificaciones constantes, pero es una labor ardua con éxitos solo parciales. Además, no podemos obviar el riesgo del aumento del adoctrinamiento y el control social que este tipo de iniciativas puede acabar provocando.

Por otra parte, según algunos estudios recientes, el cerebro estaría programado para dar pábulo a este tipo de historias, cargadas de novedades negativas, frente a las positivas, lo cual nos lleva a la preocupante conclusión de que basta con inventarse algún contenido falso que se sustente en el miedo para que se propague seis veces más rápidamente que la noticia que desmiente ese contenido (Avaaz, 2020).

Frente a esta situación, de nuevo proponemos nuestra particular panacea: una sana dosis de escepticismo filosófico. La corriente de la duda, que pone en cuestión cualquier intento de imponer un criterio de conocimiento por encima de otro, resultaría una de las herramientas más adecuadas para afrontar este alud de noticias falsas. Cuando decíamos que según el relato tradicional la filosofía habría surgido de la mano del asombro, la muerte y la duda, estábamos poniendo el dedo en la llaga. La duda, entendida como consideración racional que sopesa posibilidades, sería uno de los elementos clave a la hora de asegurar no solo la aparición de la reflexión filosófica, sino también la propia supervivencia y adaptabilidad del ser humano. Digámoslo con otras palabras: a lo largo de la evolución del ser humano, desde los primeros homínidos hasta el *homo sapiens*, una sana actitud dubitativa pudo salvar multitud de vidas. De la misma manera que el homínido que dudaba antes de entrar en una cueva y así salvaba la vida ante un depredador, en el siglo XXI quizá una vuelta a la actitud escéptica de la duda podría resolver gran cantidad de los problemas que se están planteando en nuestro tiempo. En este apartado que nos atañe, el de las noticias falsas, esta consideración podría resultar más importante y atingente que nunca.

El porcentaje de individuos que detectan una noticia falsa respecto de una verdadera es del 14% (Agencia EFE, 2018; BBVA, 2018). Según un reciente estudio, el 70% de los chilenos ignora los mecanismos para detectar una noticia falsa (Kaspersky, 2020). A esto, además, le agregamos la falsa idea de que sí somos capaces de distinguir una noticia falsa de una verdadera. Por encima del 60% de los ciudadanos se piensa hábil en este sentido, pero están equivocados (Agencia EFE, 2018). Frente a este panorama, que resulta particularmente dañino en un momento como el presente, nuestra propuesta es una apuesta por el sano espíritu crítico fomentado desde las posiciones del escepticismo filosófico. La utilización de la duda escéptica, con la prudencia que caracteriza a este movimiento, *sofrosine* como diría un griego clásico, es una de las pocas opciones que nos quedan. Y estos es así entre otros motivos porque el ciudadano de una democracia avanzada del siglo XXI se supone que tiene que poder escoger la opción política que más le convenga o encaje con sus intereses, pero para poder llevar a cabo semejante elección debe poder estar bien informado. Si la desinformación va a campar a sus anchas en nuestras respectivas sociedades, el resultado será poner en riesgo muy serio la pervivencia de las democracias, pues, como ya apuntaba Hannah Arendt, hay un vínculo estrecho y directo entre verdad y democracia (Arendt, 1996, p. 277). Soslayar esta unión o perjudicarla en lo más mínimo supone socavar, corroer los mimbres mismos sobre los que se construyen nuestros sistemas democráticos.

Mecanismos posverdaderos

En el año 2016 el diccionario de Oxford, una de las principales instituciones de la lengua inglesa, declaró que la palabra del año era el adjetivo *post-truth*. Ese adjetivo ha terminado por asimilarse en español a un sustantivo de reciente cuño que la RAE ha admitido en su diccionario desde 2018, la palabra “posverdad”. Sin embargo, para el idioma inglés *post-truth* siempre tiene que ser un adjetivo que vaya acompañando a un sustantivo de alguna manera, de ahí las expresiones más atinadas como *post-truth politics* o *post-truth speeches*. Por esta razón, nosotros vamos a hablar en este rubro de mecanismos posverdaderos, entre otros motivos no solo por un mayor respeto al origen de la palabra inglesa, sino porque nos permite hablar con mayor precisión de un mecanismo tan vago y heteróclito (Fundéu, 2018).

Los mecanismos posverdaderos consisten en que un individuo cualquiera está dispuesto a creer que algo es verdad porque encaja con sus prejuicios y sus expectativas antes que con la realidad (Bermúdez, 2019;

Bermúdez, 2021). Los mecanismos posverdaderos ya han dado pruebas de su enorme fuerza e influencia en numerosas citas electorales de los últimos años: la elección de Donald Trump para la Casa Blanca en 2016, el resultado del referéndum sobre la paz con las FARC en Colombia en 2016, el resultado del referéndum del Bréxit en Reino Unido también en 2016, el movimiento independentista catalán en 2017, la elección de Jair Bolsonaro en 2018 en Brasil, las elecciones húngaras de 2022, etc. En todos estos casos, un porcentaje elevado de la población decide dar pábulo a afirmaciones, en muchas ocasiones falsas, en otras simples manipulaciones o malinterpretaciones voluntarias de la realidad. Esta situación está poniendo en riesgo el propio funcionamiento democrática porque, entre otros motivos, la población no parece penalizar el empleo de la mentira como herramienta política. Conviene matizar, no obstante, que la posverdad no es una mentira. Los mecanismos de la posverdad son mucho más sutiles, juegan principalmente con las apelaciones emotivas, con la emoción y el sentimiento de la ciudadanía en un momento como el presente en el que las defensas básicas de pensamiento crítico están particularmente capitidismuinuidas, como veremos en el apartado siguiente.

El ámbito académico ha tratado denodadamente de analizar este fenómeno, entre otros motivos porque la pérdida de valor de la verdad en el discurso público puede suponer una seria amenaza a la convivencia y al funcionamiento de los mecanismos democráticos. La verdad y sus diversos enfoques es absolutamente necesaria y hay que tratar de sostenerla a través de buenas razones y argumentos (Nicolás, 2012), sobre todo frente a la amenaza de la posverdad (Pérez Tapias, 2022). El resultado de la inacción es la destrucción de la propia política y volvemos a una cuestión basilar de las presentes páginas: la verdad es *conditio sine qua non* para el sostenimiento de la democracia. Las raíces de la posverdad se pueden hundir, para unos, en la posmodernidad (McIntyre, 2020: 138-140); para otros, incluso podemos retrotraernos al mundo griego (Pérez Tapias, 2022, pp. 19 y ss.), y para otros la posverdad emana directamente de un formato concreto de sociedad consumista que nació a finales del siglo XX y está viviendo su apogeo en el siglo XXI (Ferraris, 2019, pp. 91-92). Otros, por otra parte, consideran que la verdad tiene que ser descubierta, que no es un bien que se pueda entregar y que, por tanto, requiere de trabajo y esfuerzo, dos conceptos antagónicos con el *zeitgeist* de nuestras sociedades (D'Ancona, 2019, p. 177).

El tema de la posverdad y sus mecanismos también es una preocupación constante para instituciones supranacionales como la Unión

Europea que, junto con las noticias falsas, considera que son uno de los desafíos más amenazadores frente a los que habrá que actuar, de ahí que no cese de presentar documentos, informes y memorandos para tratar de atenuar el problema (Comisión Europea, 2018; Comisión Europa, 2019; Comisión Europea, 2020; Consejo de Europa, 2017). El problema, sin embargo, sigue ahí más fuerte que nunca. Por ejemplo, dos terceras partes de los votantes del partido republicano estadounidense siguen pensando que en las elecciones de 2020 hubo algún tipo de pucherazo o manipulación, cuando toda la evidencia recabada y todas las sentencias judiciales emitidas indican justamente lo contrario, que el resultado fue legal y fue justo (Washington Post, 2022).

Como algunos filósofos parecen estar sosteniendo, de la actual situación está emergiendo una sociedad posfáctica, donde la vinculación con la realidad queda a merced de los propios sentimientos y emociones y en la que la distinción entre lo verdadero y lo falso parece desaparecer:

La información circula ahora, sin referencia alguna a la realidad, en un espacio hiperreal. Las *fake news* son informaciones que pueden ser más efectivas que los hechos. Lo que cuenta es el efecto a corto plazo. La eficacia sustituye a la verdad. (Byung-Chul Han, 2021, p. 18)

Los efectos de la posverdad son terriblemente perversos y están muy lejos de poderse neutralizar, ya que parece que no disponemos de las herramientas adecuadas para ello (Rubio, 2018). Además, las democracias actuales de medio mundo siguen siendo deudoras de la tradición liberal. Así, para poder sostener este modelo, resulta imprescindible que los ciudadanos puedan acceder a una información verdadera, clara y confiable de modo que puedan adoptar las decisiones adecuadamente (Rodríguez, 2008, pp. 13-15). Pues bien, lo que está ocurriendo es justamente lo contrario: los ciudadanos, cada vez más desorientados, más vulnerables frente al discurso parcial, sesgado y tendencioso, se enfrentan, parcos en ropajes, al vendaval de la posverdad que parece arrastrar con todo a su paso.

Frente a esta situación, la propuesta vuelve a ser clara: la apelación racional y reflexiva que plantea el escepticismo clásico. Ese mirar con cuidado, esa forma de analizar detenidamente las distintas parcelas de la realidad y asombrarse ante la enorme dificultad de plantear afirmaciones rotundas o extremos dogmáticos. Una vuelta por este hábito filosófico podría suponer la mejor de las medicinas para paliar las amenazas que están planteando los mecanismos posverdaderos.

La carencia de elementos de pensamiento crítico en los diversos sistemas educativos

Desde hace años se lleva produciendo una demolición sistemática de los contenidos de humanidades en los distintos niveles de los diversos sistemas educativos. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) ya diseñó en 1999, a través de los acuerdos de Bolonia, una paulatina mercantilización del sistema universitario. Para ello, incluyó el concepto de *competencias* en las universidades. Este concepto, procedente del ámbito de la formación profesional, ha sido el ariete a través del cual la universidad se ha convertido en una formación profesional de tercer ciclo, obviando metas igualmente importantes como podrían ser el fomento de la cultura o el desarrollo de la ciencia (Ortega y Gasset, 2004, pp. 39-40). Este proceso tiene evidentes metas ideológicas, vinculadas, fundamentalmente, al desarrollo de un fuerte neoliberalismo apenas contestado desde los ámbitos político o académico. La intelectualidad crítica parece atenazada en medio mundo por otras mil y una cuestiones también urgentes (además de todas las aquí mencionadas, la humanidad debe afrontar en los próximos años los problemas del cambio climático, la crisis energética, el agotamiento de las materias primas, el aumento de precios, la guerra, la precariedad de los sistemas del Estado de bienestar allí donde estaban, la sobrepoblación, etcétera, etcétera). Los mecanismos corrosivos del mercado se han ido introduciendo, no siempre de forma subrepticia, en esferas de la sociedad que deberían haberse mantenido ajenas a ellos (Sandel, 2019) y todo esto parece estar aconteciendo sin resistencias. Quizá el caso chileno junto con el de Colombia sean las únicas excepciones a la regla.

Sea como fuere, como ya apuntó Martha Nussbaum en 2010 en su obra *Not for profit*, la democracia necesita de las humanidades para sobrevivir y la laminación de las mismas acabará por tener un efecto muy negativo en nuestras sociedades. Como ejemplo, Nussbaum recurre a la experiencia de la India, país federal en el que los estados tienen amplias competencias de gestión. En los años ochenta del pasado siglo, muchos estados federales de la India decidieron reformar sus respectivos sistemas educativos sustituyendo las asignaturas vinculadas a las humanidades (filosofía, historia y literatura fundamentalmente) por contenidos de corte instrumental (como idiomas, economía y estadística). El resultado no puede resultar más perverso. En los últimos años se han disparado los casos de enfrentamientos, las pugnas religiosas, las luchas entre castas, las matanzas religiosas y todo tipo de disturbios y conflictos sociales en la democracia más populosa del mundo (Maitra Roychoudhury, 2015, pp. 292-

295). La oscarizada película *Slumdog Millionaire* (2008) ya trató de mostrar la crudeza de esa realidad cotidiana en la India que es la lucha interreligiosa.

¿A qué se debe esta relación directa entre la desaparición de las humanidades y el aumento de la conflictividad social en la India? Pues dicho en pocas palabras, a que son los contenidos de humanidades los que fomentan la empatía, esa capacidad humana de identificarse con los sentimientos y emociones del otro. Por no hablar de la capacidad de pensamiento crítico, directamente relacionada también con los contenidos que se impartían habitualmente en las grandes asignaturas de humanidades: filosofía, historia y literatura. Terry Eagleton, pensador británico, escribió en 2010 un libro titulado *On Evil*. En este libro ofrece una definición de maldad que, aunque no puede clasificarse como canónica, nos puede servir para los intereses de las presentes páginas. Para Eagleton maldad es “la ausencia total de empatía” (Eagleton, 2010, p. 17). Pues ahí está nuestro primer colofón. Si la empatía es una de las principales cualidades que permite combatir la maldad, eliminar los contenidos que la fomentan produce un aumento del mal. Dicho así, de forma burda y directa, puede parecer una *boutade*, pero la evidencia empírica aportada por Nussbaum va en esa dirección (Nussbaum, 2010). Así, este último rubro de la escasa presencia de los contenidos de pensamiento crítico en los sistemas educativos de medio mundo es el colofón a una situación altamente preocupante frente a la cual solo podemos oponer buena voluntad, como propondría un Kant redivivo, y un sano ejercicio intelectual de escepticismo filosófico.

Conclusiones

La crítica sin propuesta no suele servir de nada. Si, además, esa crítica señala unos desafíos realmente enormes, el riesgo que se corre es el de caer en la melancolía. Precisamente esta conclusión es la que hemos tratado de evitar a lo largo de estas páginas. La presentación de propuestas parciales al final de cada apartado pretendía ofrecer una vía de salida al lector preocupado. Resulta obvio que confiar la salida a este maremágnum de problemas que se nos viene encima a la sola fuerza del escepticismo filosófico sería una propuesta ingenua y candorosa. Sin embargo, no creo que vayamos descaminados si comenzamos a sopesar la posibilidad de utilizar las herramientas escépticas para ese escenario dantesco. Decía Sexto Empírico que, frente a la oscuridad de la realidad, el buen escéptico puede resistirse a la *apraxia* siguiendo cuatro exigencias vitales: primero, la guía natural, aquello que se nos aparece, vinculado al fenómeno de la

representación mental; segundo, el apremio de las pasiones, estas no pueden ser abandonadas, pues nos acompañan por la propia naturaleza de nuestro cuerpo; tercero, seguir el legado de las costumbres; cuarto, aprender un oficio, una tarea (Sexto Empírico, 1993, p. 60). Estas propuestas, más la propia esencia escéptica de mantener una actitud crítica constante y un perenne buscar sin desanimarse ante la posibilidad de no encontrar lo deseado, serían un buen punto de partida. No obstante, no debemos ser tan inocentes como para creer que estas actitudes podrían ser algo disponible para la mayoría de la población. La laminación de los contenidos de filosofía en medio mundo ha tenido el eficaz resultado de neutralizar esta capacidad crítica en muchas sociedades. Las páginas aquí presentadas muestran con datos y argumentos una realidad que algunos podrían tildar de apocalíptica. Lamentablemente, no parece que andemos demasiado descaminados. Nuestra propuesta final es clara: probablemente, la única salida frente a los desafíos que nos está planteando este siglo XXI tan atribulado es una apuesta por la racionalidad, por la filosofía. El problema es que todas las apelaciones que lleven aparejadas el trabajo, el esfuerzo y el sacrificio suelen ser acogidas con frialdad por la sociedad, cuando no con congoja. Pero no queda otro remedio. La alternativa es el erial intelectual, el erial cultural, el erial democrático.

Referencias

- AEPP. Asociación Española de Editoriales de Publicaciones Periódicas (2018). Los expertos vaticinan que más de la mitad de las noticias que circulen en el 2022 serán falsas. <https://www.aepp.com/noticia/2917/los-expertos-vaticinan-que-la-mitad-de-las-noticias-que-circulen-el-2022-seran-falsas.html>
- Agencia EFE. (2018). Solo el 14% de los españoles sabe distinguir un “fake”, pero un 60% cree que puede. <https://www.efe.com/efe/espana/sociedad/solo-el-14-por-ciento-de-los-espanoles-sabe-distinguir-un-fake-pero-60-cree-que-puede/10004-3519811>
- Annas, J., y Barnes, J. (1986). *The modes of scepticism*. Cambridge University Press.
- Arendt, H. (1996). “Verdad y política” en *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Península.
- Aristóteles. (1996). *Acerca del cielo*. Gredos.
- Avaaz. (2020). *¿Por qué retransmite YouTube desinformación sobre cambio climático a millones de personas?*,

- https://avaazimages.avaaz.org/youtube_climate_misinformation_report.pdf
- Badillo, Á. (2019). *La sociedad de la desinformación: propaganda, “fake news” y la nueva geopolítica de la información* [Documento de trabajo]. Real Instituto Elcano.
- BBVA. (2018). Fake news: cifras y soluciones de un fenómeno global. <https://www.bbva.com/es/fake-news-cifras-soluciones-fenomeno-global/>
- Bermúdez Vázquez, M. (2006). *La recuperación del escepticismo en el Renacimiento*. Fundación Universitaria Española.
- Bermúdez Vázquez, M. (2007). Paradigmas de escepticismo como origen de la ciencia moderna. *Noseolvida digital*, 1-4.
- Bermúdez Vázquez, M. (2019). “Análisis del concepto ‘posverdad’ desde la óptica de la retórica clásica”. *Diálogo filosófico*, 105, 341-352.
- Bermúdez Vázquez, M. (2020). Hacia una ética escéptica. En *Rura cano, rurisque deos. Homenaje a José Luis Cantón Alonso*. UCOPress.
- Bermúdez Vázquez, M. (2021). Esquemas perversos de comunicación: posverdad y noticias falsas. En *Luces en el camino. Filosofía y ciencias sociales en tiempos de desconcierto* (pp. 925-949). Dykinson.
- Bobbio, N. (2014). *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*. Fondo de Cultura Económica.
- Han, B.-C. (2021). *No-cosas*. Taurus.
- Canfora, L. (1994). *Demagogia*. Selerio.
- Carpio, A. P. (2004). *Principios de filosofía*. Glauco.
- Colom Piella, G. (2019). Anatomía de la desinformación rusa. *Historia y comunicación social*, 25(2), 473-480. <https://doi.org/10.5209/hics.63373>
- Comisión Europea. (2018). *Final report of the High Level Expert Group on Fake News and Online Disinformation*. <https://digital-strategy.ec.europa.eu/en/library/final-report-high-level-expert-group-fake-news-and-online-disinformation>
- Comisión Europea (2019). *Unión Europea vs Desinformación*. https://spain.representation.ec.europa.eu/index_es
- Comisión Europea (2020). *Lucha contra la desinformación*. https://ec.europa.eu/info/live-work-travel-eu/coronavirus-response/fighting-disinformation_es

- Consejo de Europa. (2017). *Information Disorder: Toward an interdisciplinary framework for research and policy making*. <https://rm.coe.int/information-disorder-toward-an-interdisciplinary-framework-for-researc/168076277c>
- Copleston, F. (2009). *Historia de la filosofía*. Ariel.
- Corbett, P. (1970). *Ideologies*. Hutchinson & Co.
- D'Ancona, M. (2019). *Posverdad. La nueva guerra contra la verdad y cómo combatirla*, Alianza.
- Del Prete, A., y Redón Pantoja, S. (2020). Las redes sociales on-line: Espacios de socialización y definición de identidad. *Psicoperspectivas*, 19(1), 1-11. <http://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-vol19-issue1-fulltext-1834>
- Eagleton, T. (2010). *On Evil*. Yale University Press.
- El Periódico. (2017). La mitad de las noticias que circulen en el 2022 serán falsas. <https://www.elperiodico.com/es/sociedad/20171108/la-mitad-de-noticias-que-circulen-en-el-2022-seran-falsas-6411174>
- Estudio de comunicación. (2018). *Influencia de las noticias falsas en la opinión pública*, en https://www.servimedia.es/sites/default/files/documentos/informe_sobre_fake_news.pdf
- Ferraris, M. (2019). *Posverdad y otros enigmas*. Alianza.
- Fundéu (2016). ¿De qué hablamos cuando hablamos de populismo? <https://www.fundeu.es/noticia/de-que-hablamos-cuando-hablamos-de-populismo/>
- Fundéu (2018). ¿De qué hablamos cuando hablamos de «posverdad»? <https://www.fundeu.es/blog/de-qu-hablamos-cuando-hablamos-de-posverdad/>
- Gallardo Paúls, B., y Enguix Oliver, S. (2016). *Pseudopolítica: el discurso político en las redes sociales*. Universitat de València.
- García Morente, M. (1957). *Lecciones preliminares de filosofía*. Losada.
- Gascoigne, N. (2002). *Scepticism*. Acumen.
- Gigante, M. (1981). *Scetticismo e Epicureismo*, Bibliopolis.
- González Ferrer, L. E., y Queirolo Velasco, R. (2013). Izquierda y derecha: formas de definir las, el caso latinoamericano y sus implicaciones. *América Latina Hoy*, 65, 79-105.
- Jordan, K., Sterling, J., Pennebaker, J. W., y Boyd, R. L. (2019). Examining longterm trends in politics and culture through language of political leaders

- and cultural institutions”. En *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 116(9), 3476-3481. <https://doi.org/10.1073/pnas.1811987116>
- Kaspersky. (2020). El 70% de los latinoamericanos desconoce cómo detectar una fake news. <https://latam.kaspersky.com/blog/70-de-los-latinoamericanos-desconoce-como-detectar-una-fake-news/17015/>
- Koestler, A. (1981). *Los sonámbulos*. Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- Laursen, J. C. (2004). Yes, Skeptics Can Live Their Skepticism and Cope with Tyranny as Well as Anyone. En J. R. Maia Neto y R. H. Popkin (Eds.), *Skepticism in Renaissance and Post-Renaissance Thought* (pp. 201-234), Humanity Books.
- Maitra Roychoudhury, S. (2015). State Securitization and Internal Ethnic Conflicts in India. *Journal of Asian Security and International Affairs*, 2(3), 291-313. <https://doi.org/10.1177/2347797015601916>
- Mariás, J. (2012). *Historia de la filosofía*. Alianza.
- Martínez Peñas, L., y Fernández Rodríguez, M. (2013). *Amenazas y orden público*. Veritas.
- McIntyre, L. (2019). *Posverdad*. Cátedra
- Mellizo, C. (1982). *Nueva introducción a Francisco Sánchez “el escéptico”*. Zamora.
- Moyano Pacheco, M. (2018). Claves para comprender y afrontar la radicalización violenta. En *Verdaderos creyentes*. Catarata.
- Nicolás, J., y Frápolli, M. J. (Eds.). *Teorías contemporáneas de la verdad*. Tecnos.
- Nussbaum, M. (2010). *Not for profit*. Princeton University Press.
- Ortega y Gasset, J. (2004). *Misión de la universidad*. Alianza.
- Pazé, V. (2016). La demagogia, ayer y hoy. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 13(30), 113-132. <https://andamios.uacm.edu.mx/index.php/andamios/article/view/5/5>
- Pérez Tapias, J. A. (2022). *Imprescindible la verdad*. Herder.
- Pineda Pérez, C. F. (2018). Las respuestas académicas a la objeción de apraxia. *Praxis Filosófica*, 46, 221-242. <https://doi.org/10.25100/pfilosofica.v0i46.6170>
- Platón (1987). *Gorgias, Menéxeno, Eutidemo, Menón, Crátilo*. Gredos.
- Popkin, R. (2004). *The history of scepticism from Savonarola to Bayle*. Oxford University Press.

- Rodríguez, R. (2008). La tradición liberal. En F. Quesada (Ed.), *Ciudad y ciudadanía. Senderos contemporáneos de la filosofía política* (pp. 7-30). Trotta.
- Román Alcalá, R. (1996). Enesidemo: la recuperación de la tradición escéptica griega. *Anales del seminario de historia de la filosofía*, 1(extra), 79-96.
- Rubio Núñez, R. (2018). Los efectos de la posverdad en la democracia. *Revista de Derecho Político (UNED)*, 103, 191-228.
- Sandel, M. J. (2019). *Lo que el dinero no puede comprar*. Debate.
- Schuliaquer, I., y Vommaro, G. (2020). La polarización política, los medios y las redes. Coordinadas de una agenda en construcción. *Sociedad Argentina de Análisis Político*, 14 (2), 235-247.
- Sánchez Taborda, C. A. (2011). De la alienación a la expoliación del sujeto. *Nuevo derecho*, 7(9), 115-222.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5549125>
- Sexto Empírico. (1993). *Esbozos pirrónicos*. Gredos.
- Sexto Empírico. (2012). *Contra los dogmáticos*. Gredos.
- Valiente Martínez, F. (2020). *La democracia y el discurso del odio*. Dykinson.
- Washington Post (2022). Do Republicans really believe Trump won the 2020 election? Our research suggests that they do.
<https://www.washingtonpost.com/politics/2022/01/07/republicans-big-lie-trump/>

REVISTA STULTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 6, NÚMERO 1, PRIMER SEMESTRE DEL 2023

ISSN 0719-983X

Editorial: otro giro en la espiral de la ignorancia

Juan Antonio González de Requena

La necesidad contemporánea del sentimiento religioso como visión de conjunto en un mundo dislocado

H. C. F. Mansilla

(Re)hacer la Teoría Crítica para una (re)lectura feminista

Estelle Ferrarese

Escepticismo y racionalidad: revisión crítica de los modos escépticos frente al auge del populismo y la polarización

Manuel Bermúdez Vázquez

Populismos “ejemplares”, “excepcionales” y “singulares”. Hacia una comprensión histórico-conceptual y político-intelectual del populismo en América Latina en los años setenta

Ana Lucía Magrini y David Santos Gómez

Utopía, ¿Stultifera insula? Consideraciones en torno al juicio de un detractor

Dante Klocker

¿Es posible seguir abordando la violencia sin esclarecer el lugar que ocupa en ella la subjetividad?

Edith Calderón Rivera

Seguir a Mark a través del vacío. Reseña de Colquhoun, M. (2021). *Egreso. Sobre comunidad, duelo y Mark Fisher.*

Felipe Molina Cárdenas